

## **¿ES UN ERROR DERROCAR A LOS DICTADORES ?. LA GLOBALIZACIÓN DEL TERRORISMO**

En estos tiempos que vivimos están ocurriendo acontecimientos de tal importancia que resulta difícil ocultar que según cual sea la solución que les damos, así quedará condicionado la evolución social y política durante este siglo.

Junto a la consolidación de un proceso ya imparable de globalización económica, han coincidido casi en los mismos tiempos, el más atroz atentado terrorista a las torres gemelas de Nueva York y la guerra de Irak. De cómo la humanidad resuelva este nuevo escenario en el que ha quedado comprometida, podrá hablarse de un nuevo orden internacional, y sobre todo, de un nuevo enfoque en el combate contra la pobreza universal. Ciertamente, las posibilidades están todavía todas abiertas, y tanto puede ocurrir que estos hechos hayan acelerado la venida de un esperanzador futuro para la humanidad, como todo lo contrario, y regresemos a planteamientos más regionales y locales que ya vivimos y que en poco o nada ayudaron al progreso de la humanidad, al menos de la humanidad universal.

Al abordar el análisis de estos tres eventos: globalización, terrorismo internacional y guerra de Irak, es necesario que lo hagamos primero por separado para después extraer las consecuencias que se hayan podido repetir, de forma coincidente, en los tres acontecimientos.

### **LA GLOBALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD**

Sigo sin entender y, por tanto, menos aún compartir los argumentos de los movimientos antiglobalización. Como muy expresivamente declaro Muhammad Yunus (padre del microcrédito en Bangla Desh), "la globalización es una bendición del cielo". Por fin el hambre y el pan se encuentran en un mismo camino, y los intereses económicos necesitan del desarrollo de millones de seres humanos excluidos desde siempre de toda esperanza de progreso. Invertir en la India, en China o en América Latina, coincide con los planes de expansión de las grandes corporaciones.

Puede ser que los movimientos antiglobalización estén confundiendo este fenómeno económico con un posicionamiento antiamericano. Quizás no se opongan tanto a que los grandes capitales inviertan en países pobres, y a lo que realmente se oponen es a que ello lleve consigo aceptar el modo de vida americano y su influencia política. Si es esto más que aquello, debieran explicarlo mejor a la sociedad porque, en tal caso, no creo que se les pueda perdonar las algaradas que organizan y menos aún los alardes de violencia que tan frecuentemente emplean; porque, ahora sí con seguridad, no lo comparto y creo que conmigo gran parte de la sociedad. Primero porque, a un bengalí, un chino o indio que se enfrenta con el hambre diariamente, esa supuesta colonización probablemente le importa tres pepinos; y después, porque seguir manteniendo hoy día una posición antiamericana es, en términos generales, una infantilidad. Los Estados Unidos de América han hecho cosas buenas y cosas malas como todos los imperios, probablemente menos cosas malas que otros pueblos, pero es que además, la supuesta cultura de la hamburguesa es un invento en el que han participado alemanes, ingleses, franceses, australianos, japoneses, chinos, incluso hasta españoles. Es un planteamiento infantil porque su argumentación necesita contar con un "malo" al que hacerle responsable de todo.

El mundo prospera con mayor rapidez en un mundo globalizado, y si se consigue mantener la actual estructura económica de expansión universal de forma estable, la diferencia entre pueblos ricos y pobres se irá progresivamente reduciendo. Pensemos que este fenómeno económico se ha repetido en la historia moderna en no más de dos ocasiones, a finales del siglo XIX y a finales del siglo XX, y en ambos periodos se consiguió reducir significativamente el número de pobres en el mundo. Por el contrario, cuando se sustituyeron estos principios globales por esquemas de mercados nacionales o regionales, como ocurrió entre las dos guerras mundiales, los países más pobres de la tierra y con ello sus poblaciones, quedaron marginados de todo posible desarrollo.

Este nuevo interés por lo que suceda en cualquier parte del mundo es consecuencia de varios factores, sin duda de la comunicación continua y permanente de todos los seres humanos; también y como consecuencia de lo anterior, de la mayor sensibilidad de los hombres por lo que le ocurra a otros seres humanos, y en gran medida porque la globalización

ha situado los intereses del mundo desarrollado en todos los lugares del mundo. La estabilidad de los mercados es condición necesaria para el desarrollo de la humanidad.

Este cambio tan espectacular ocurrido en la economía también se ha producido en otros ámbitos, como en la conformación de un nuevo ordenamiento jurídico internacional, aunque, eso sí, quizás más lentamente. Así, durante gran parte del siglo XX, quedó establecido que el ordenamiento internacional se sustentaba bajo el principio de no-ingerencia entre las naciones. En este contexto, cada país es dueño de su destino y ningún Estado tiene el derecho de ingerencia sobre otro. Por ello, durante dos tercios del siglo XX, la ONU y otras organizaciones internacionales quedaron marginadas de lo que se han venido en llamar el "orden internacional".

Las relaciones internacionales se construyeron sobre alianzas, casi siempre secretas, que se manifestaban en apoyos inconfesables o en enfrentamientos unilaterales de unas naciones contra otras. Lo único relevante entonces en la esfera internacional, era la confrontación ideológica de cada gobierno y, por ello, los países tuvieron que alinearse en un bloque o en el contrario.

El principio de no-ingerencia, tradicionalmente vigente hasta los años noventa, venía a dar respuesta a las intervenciones violentas de otros países, cuando lo que estaba en juego era un cambio de ideología. En ese contexto querer ser un país comunista o capitalista difícilmente podía justificar una intervención militar. Precisamente, sobre la base de la independencia de esos pueblos, se aceptó como un principio del derecho internacional la no-ingerencia. La consolidación de ese principio tuvo sus ejemplos más emblemáticos en los casos de Vietnam y Cuba.

Sin embargo ya no existe un conflicto ideológico. La realidad internacional acepta casi con unanimidad que capitalismo y democracia son las ideologías que hacen prosperar a los pueblos.

Ahora la cuestión se plantea entre dictadores y demócratas. Así ocurrió en Yugoslavia, en Etiopía, en Haití, en Ruanda, en el Zaire y más recientemente en Afganistán y en Irak. En todos ellos lo que se combatió fue a unos regímenes

dictatoriales, a personajes sanguinarios, que durante años atormentaron a sus pueblos.

Pero de pronto, en los primeros años del siglo XXI, con ocasión de los atentados de Nueva York, nos encontramos con un nuevo principio, el de "guerra preventiva". Este principio ha quedado justificado por las consecuencias que ese atentado produjo en la sociedad americana. Se explicó diciendo que si sabemos donde está el enemigo y se ha manifestado dispuesto a atacar, el derecho de legítima defensa justifica que se pueda tomar la iniciativa, contra ese Estado con una supuesta actitud hostil.

Así planteado, dicho principio es un absoluto disparate y un claro retroceso de la sociedad universal, que podía encontrarse de nuevo sometida a una escalada de iniciativas de unos contra otros, en función de cual fuera la interpretación que cada Estado hiciera sobre las intenciones del vecino.

Pero tampoco debemos descalificar totalmente lo que se esconde detrás de ese principio, y que desgraciadamente ya ha ocurrido. Existen Estados que apoyan y protegen acciones terroristas contra otros Estados, o contra los ciudadanos de un Estado. Quien así actúa se está protegiendo también detrás del principio de no-ingerencia para obligar a quien sufre esa agresión, sencillamente, la soporta sin tampoco ninguna posibilidad de defensa. Esta contraposición de principios así expresados, parece más una pelea callejera que un conflicto internacional, pero tampoco tal representación le es totalmente ajena. Sin embargo, lo que realmente ocurre es que la manifestación de conflicto coincide normalmente con que del lado del Estado agresor, suele situarse un gobierno dictatorial que somete y empobrece hasta la extenuación a su pueblo; y del Estado agredido, un estado imperial que acumula una larga lista de antecedentes, en los que al amparo de nobles intenciones, ha apoyado o realizado directamente invasiones, que en muchos casos estuvieron motivadas por argumentos económicos, geo-estratégicos o de cualquier otra naturaleza - todos menos por un noble interés de ayuda a los ciudadanos de ese pueblo-. Dicho más directamente, Estados como Irán, Libia, Irak o Corea del Norte, financiaron o están financiando acciones terroristas, y del otro lado es Estados Unidos el país más frecuentemente amenazado.

Pero en todo caso, no habrá que olvidar que las dictaduras normalmente no sólo vulneran los derechos de sus ciudadanos, sino también las normas de la comunidad internacional.

Si aplicamos literalmente el principio de guerra preventiva, nos encontraremos con la dificultad de definir si la hipotética agresión se refiere a los Estados o a los individuos, y si la agresión es esporádica y contra un Estado, o contra toda la comunidad internacional. Es, por tanto, un principio que fácilmente serviría para justificar todas las agresiones, y que a buen seguro, provocaría en vez de un escenario de paz, un continuo escenario de conflicto; y en la mayoría de las ocasiones, fundamentado sobre riesgos hipotéticos.

Sin embargo, mientras este principio se proclamaba se han venido sucediendo intervenciones militares en países sin apenas interés estratégico, y sin que su situación interna supusiera ningún riesgo para nadie, excepto para ellos mismos. Ahora bien, la sociedad universal reclamó la intervención de la Comunidad Internacional, y así, ocurrió y por dos veces en Haití, también en Etiopía, Sierra Leona, en el Zaire. Por el contrario, lamentablemente no se intervino en Ruanda, y ante la pasividad precisamente de la Comunidad internacional, se masacró a todo un pueblo. Por tanto, este escenario de conflictos ya se ha producido, y sin embargo, para regular la decisión de intervenir o no, apenas ha servido ni el principio de no-ingerencia ni el de guerra preventiva.

Por ello, en este punto, me permito apuntar que es llegado el momento que la sociedad internacional acepte como principio universal, el principio de "intervención solidaria". Ello supondrá definir y aceptar en el ordenamiento jurídico internacional que las dictaduras son regímenes políticos contrarios al Derecho Internacional, y, por tanto, que deben merecer la oposición de toda la Comunidad. Ello también supondrá aceptar que no es lícito acceder al poder por un procedimiento no previsto en la ley nacional. Por tanto, cuando en algún país, por una vía de hecho se constituyera un Gobierno, quedaría inmediatamente calificado para el Ordenamiento Internacional como ilegal.

Si así lo llegara a aceptar el Derecho Internacional, desde ese mismo momento podrán resultar de aplicación el

catálogo de medidas establecidas para hacer frente a un gobierno ilegal.

¿Y cuáles son estas medidas?. Básicamente, de tres tipos y a todas ellas las podríamos calificar como el Derecho Penal Internacional, que resultará de aplicación a los Estados por parte de la Comunidad Internacional.

El primer nivel sancionador lo forman aquellas resoluciones de repulsa o condena explícitas hacia el gobierno de un Estado o hacia alguna de sus decisiones. Es una sanción de desprestigio que sin duda producirán efectos, tanto entre sus ciudadanos, como en las relaciones entre Estados.

En el segundo nivel se sitúan aquellas medidas que supongan compromisos de la Comunidad Internacional para dejar de mantener relaciones con el Estado sancionado, cualesquiera que fueran la naturaleza de estas relaciones. En este nivel se incluyen las sanciones económicas y las limitaciones a su propia soberanía. Estas sanciones podrán incluso ser impuestas por la fuerza como ya ocurrió por mas de diez años en Irak.

Y al tercer nivel sancionador corresponde la sanción más enérgica y agresiva como es la intervención militar. Una medida que genera violencia, provoca un gran número de incertidumbres, y ocasiona ingentes gastos económicos.

Todo este Código Sancionador, todavía no promulgado expresamente, ya está ocurriendo. Lleva aplicándose de hecho, y de forma sistemática, desde el hundimiento de los países comunistas. Es este un fenómeno político de carácter universal y de gran trascendencia para la humanidad, y sin embargo, ni fue previamente planificado ni tan siquiera definido. Sencillamente comenzó a suceder cada vez con mayor frecuencia y también con mayor aceptación de la Comunidad Internacional.

Después del once de Septiembre y directamente relacionado con aquel atentado se produjeron dos guerras, la de Afganistán y la de Irak. La primera tuvo una aceptación casi universal, pero la de Irak ha provocado un nivel de protestas que no se conocía desde la guerra de Vietnam. Eso sí, protestas más en otros países que en el propio Estados Unidos. Curiosamente, las transformaciones que estos

conflictos han generado en los dos países invadidos, son de mayor efectividad en Irak que en Afganistán donde sus efectos positivos apenas se han extendido a un kilómetro alrededor de Kabul.

El mundo se encuentra ya en un proceso de globalización integral. Las sociedades de cada Estado reclaman con mayor exigencia la aplicación de ese Derecho Penal Internacional y a mayor número de países. Es previsible que durante el presente siglo XXI las intervenciones militares de la Comunidad Internacional se incrementen, y a pesar de las dificultades encontradas en Irak, no parece previsible que los ciudadanos del mundo se desentiendan ante las atrocidades de un dictador. Es más, lo que probablemente demanden cada vez con mayor energía, es una vigilancia más comprometida para que la Ley Universal se cumpla.

En este nuevo escenario a la ONU le espera un renovado papel de arbitro y juez internacional en defensa de un anhelo cada vez más presente, cual es la justicia para todos los pueblos. En definitiva, dejaremos atrás el principio de no-ingerencia y también el de intervención preventiva para aceptar entre todos el de "intervención solidaria".

Cuando eso ocurra la humanidad habrá decidido finalmente combatir la pobreza en el mundo.

## EL TERRORISMO GLOBALIZADO

La organización Al Qaeda ha confirmado ¡y de que forma! que el terrorismo también se ha globalizado. Esta organización funciona como un franquiciador de otras organizaciones nacionales, principalmente con ideología islámica, y está demostrando que es capaz de ejecutar actos terroristas con tal grado de sofisticación y perversidad que no sólo ha asombrado al mundo entero sino que, además, ha provocado en la sociedad internacional una transformación de buena parte de sus estructuras institucionales.

El once de Septiembre, con el atentado a las torres gemelas de Nueva York, descubrimos que el terrorismo también se había globalizado. La nueva realidad social e internacional surgida de tan sanguinario atentado ha sido rápidamente entendida por Estados Unidos, quizás porque como primera potencia del mundo lleva muchos años instalada en parámetros de análisis y de funcionamiento universal, pero sin embargo, para la sociedad europea y más especialmente para la española, tal acontecimiento todavía no ha sido quizás suficientemente entendido.

El once de Septiembre transformó todos los esquemas de defensa del Estado. Basta recordar aquel gigantesco proyecto estadounidense para la creación de un gran paraguas antimisiles. Hoy resulta un proyecto ridículo. Los misiles de otros países no son ningún riesgo, por lo menos son bastante menos probables que un atentado capaz de hacer volar el mismísimo pentágono.

La red Al-Qaeda y su líder Bill Laden consiguen burlar a la inteligencia de todos los países y después de dos guerras (Afganistán e Irak) y de tres atentados, Nueva York, Madrid y Jordania (este último frustrado) su organización sigue intacta; transmite comunicados para toda la humanidad, proponiendo negociaciones a toda Europa, reivindicando el sueño islámico de un imperio que terminó hace más de mil años y nos anuncia que lo peor está por llegar, un atentado nuclear.

Los servicios de inteligencia de los más importantes países se han visto obligados a reconocer que contra esta Organización, prácticamente no tienen armas. La CIA, en un acto de sinceridad, que honró a su director, confesó



recientemente su total ineficacia para combatir a Al-Qaeda, y lo que es peor aún, que tardaran más de cinco años en obtener resultados positivos en este nuevo escenario de terrorismo internacional; y yo, no puedo por menos que preguntarme ¿contra que enemigo nos hemos estado preparando los últimos veinte años?. Tengo la impresión que cientos de burócratas se han estado inventando guerras y conflictos virtuales con la única intención de incrementar sus presupuestos. Un derroche vergonzoso del que todavía nadie se ha responsabilizado.

Pero el escenario del terrorismo internacional ya está instalado y me temo que va a permanecer por muchos años. De repente hemos aceptado con total normalidad controles y más controles en aeropuertos y estaciones. Pronto se habrán implantado los carnets de identidad biométricos, a través de los cuales la humanidad entera formaremos parte de un gran archivo. Lo curioso de este fenómeno es nuestra mejor disposición a aceptarlo, y que haya ocurrido en menos de tres años. La verdad de lo que realmente está ocurriendo es que la población está sencillamente aterrada con la magnitud de estos atentados terroristas.

Caminamos hacia un escenario en el que las intervenciones militares van a ser cada vez más frecuentes, y también en el que las libertades individuales, tal y como las hemos conocido en el siglo XX, ya no volverán a disfrutarse.

No es verdad -como afirmó recientemente Francia- que la seguridad en el mundo sea peor desde la invasión de Irak. La seguridad en el mundo es peor desde el atentado de las Torres Gemelas, y esa inseguridad se ha incrementado después del atentado de Madrid. Lo que ambos hechos han puesto de manifiesto es que el terrorismo es ya internacional y su expresión más sanguinaria en Al-Qaeda, es un peligro real. La sofisticación, crueldad y perfección en la ejecución de estos atentados, nos dan la medida de la magnitud del enemigo. El terrorismo islámico no es una invención de los Estados Unidos, es tan real como preocupante sobre todo cuando empieza a sospecharse que pueden disponer ya, incluso, de armamento nuclear transferido desde Pakistán.

Pueden atentar cuando quieran y donde quieran, y pueden hacerlo con una perfección que aterra. Después de estallar aviones creíamos que ya no se podía ser más cruel. Madrid nos demostró que también pueden estallar trenes contra una estación. Y más recientemente, en Jordania se pudo evitar un

atentado contra la Embajada de Estados Unidos, en el que iban a ser utilizados productos químicos capaces de alcanzar un número de muertos mayor que en las torres gemelas, y además iba a provocar una nube tóxica capaz de extender sus efectos mortíferos en más de un kilómetro a la redonda. Sinceramente, no creo que estemos ante una guerra inventada para justificar una inversión en petróleo, ni tampoco que contra estos fanáticos sirvan solamente ideales de pacificación, compromisos en la educación de sus pueblos, o ejercicios de diplomacia de salón.

Desde esta perspectiva no parece que se vislumbre un panorama de tranquilidad para los próximos años en la escena internacional, ni tampoco en la libertad individual de los ciudadanos. Caminamos hacia una globalización de la guerra y también de la paz, y lo hacemos provistos de instituciones internacionales que ya no sirven. Avanzamos hacia un control individual sobre todos los hombres contra el que poco pueden hacer las definiciones de nuestros códigos civiles. De repente ha aparecido un valor y un temor supranacional, la seguridad con su cara posterior el miedo.

Mientras este fenómeno aumenta, todavía no se observa o al menos yo no lo detecto, esfuerzos dirigidos no tanto a detener lo imparable, sino a reformular los viejos anhelos de libertad individual. Cada país parece buscar sus mejores alianzas y ello difícilmente será bueno para la humanidad porque el pensamiento es cada vez más universal y también las soluciones. Tengo la impresión de que los caminos que tengamos que recorrer cada uno de nosotros serán, probablemente cada vez más iluminados, pero probablemente también serán cada vez más estrechos.

La globalización del terrorismo es previsible que aumente, y por ello los Estados después de algunos titubeos, principalmente con la guerra de Irak, tendrán que aceptar finalmente que el pensamiento es cada vez más universal y que la solución a semejante provocación tendrá que venir también de un consenso internacional. Pero curiosamente esta alternativa previsiblemente no nos traerá tiempos de zozobras, sino que se abrirá un camino lleno de esperanza en el que por fin la humanidad podrá encontrar soluciones a sus problemas globales.

## **A PROPÓSITO DE LAS GUERRAS DE AFGANISTÁN EN IRAK**

¿Desde cuando derrocar a un dictador es una decisión errónea?. Quiénes así lo califican pensarán que quizás fue más prudente mantener el sistema de inspecciones, y el bloqueo económico, antes que una intervención abierta como la que lideró Estados Unidos contra Irak. Bueno, yo diré que esa opción quizás fuera estéticamente menos desagradable, porque los muertos y los pobres con Saddam no se veían por televisión, pero difícilmente podrá defenderse que fue más justa.

A los dictadores no se les convence ni se les educa, se les derroca, si se puede, por la presión; y cuando resulta insuficiente, no quedará otra forma que hacerlo que por la fuerza, al menos si compartimos el convencimiento de que un mundo universal y democrático es posible.

Hay quien puede pensar que entonces tendría que intervenir en muchos países, porque son muchos los dictadores que gobiernan en el mundo, y yo me respondo que ¿por qué no? ¿por qué no derrocarlos a todos?, pero mientras llega semejante ilusión, que algún día llegará, yo me alegro que a los talibanes y a este Saddam por fin los derrocaran.

Soy consciente de la multitud de argumentos que podrán oponerse a tan apasionadas y rotundas afirmaciones. Por ello, me apuro en presentar los míos primero para después poder contestar a los que todavía hayan quedado sin respuesta.

¿Cuáles son los inconfesables intereses económicos de las tropas invasoras en otros países?

Aquí las respuestas son algo diferentes según cual sea el conflicto al que nos refiramos. En el conflicto de Afganistán, será fácil convenir que no concurrió ningún intereses económico, al menos lo suficientemente atractivo, para justificar el envío de tropas- para ningún país de los que las enviaron-. Afganistán es un país instalado en la Edad Media, gobernado por clérigos y con los talibanes controlado por una organización terrorista. Por tanto, la intervención de la Comunidad Universal solo puede responder a planteamientos amparados por el Derecho Internacional.

Respecto al conflicto de Irak, lo primero que cabe señalar es que, fueran cuales fueran los intereses económicos de los Estados Unidos para intervenir, lo que no cabe duda es que por más inconfesables que los imaginemos, la intervención aportará más beneficios a los irakís que los que consiguió el dictador Saddam para su propio pueblo. Por tanto, las "cosas difícilmente podrían ir peor de cómo estaban".

Todavía no acierto a comprender cuál es el gran negocio de los americanos en Irak. Cuando una empresa invierte en un proyecto sea éste en su propio país o en el extranjero, genera para la sociedad dos beneficios principales: la tributación sobre los beneficios de su negocio, y la creación o el sostenimiento de empleo en su empresa. Los demás beneficios que se nos puedan ocurrir son algo intangibles, y en el tema que nos ocupa, difícilmente podrán justificar una decisión con tan alto costo en vidas humanas y en dinero.

Quizás en el caso específico de Irak habría que añadir un tercer interés, y es la posibilidad de que un gobierno democrático resulte más proclive a mantener los precios del petróleo con una cierta estabilidad. Aunque así fuera, que probablemente también lo fue, semejante objetivo no creo que debe molestar a los ciudadanos de occidente, salvo que nos hayamos vuelto todos locos y nos parezca justo que el precio del barril del petróleo se triplique de precio, sin otra explicación que el capricho de un dictador o como instrumento de presión política.

En todo caso, si para decidir la guerra de Irak solamente existió una argumentación económica, me parece que para conseguir un contrato de explotación de petróleo, no hacia falta hacer una guerra, mandar a ciento veinte mil soldados y gastar más de ochenta mil millones de dólares en financiar la operación. Creo que un acuerdo con el dictador hubiera resultado más recomendable.

Otro de los argumentos más cuestionados, se refiere a que la legalidad internacional quedo vulnerada porque se decidió la invasión sin el acuerdo del Consejo de Seguridad. Es verdad que fue así, pero con alguna matización. La primera es, ciertamente poco consistente, pero no obstante conviene recordarlo, y es que en otras intervenciones tampoco se contó con una resolución del Consejo de Seguridad y, sin embargo, esos conflictos no provocaron la reacción tan intensa y

apasionada que ha merecido lo de Irak. El más cercano fue la guerra de los Balcanes.

Y aquí es donde uno empieza a percibir que también las guerras las hay de izquierdas y de derechas, según cuales sean el signo político de los gobiernos que las declaren. La de Irak, no hay ninguna duda, que ha sido una guerra de derechas.

Para el Derecho Internacional, una guerra es justa o injusta en función de que el Consejo de Seguridad de la ONU así la declare. Contra esa afirmación es difícil estar disconforme, aunque la cuestión en el caso de la guerra de Irak tuvo algo más de inconfesable. La decisión del Consejo de Seguridad estuvo impedida principalmente por la posición liderada por Francia, de la que cada día que pasa estamos conociendo los vínculos de ese país con el dictador Saddam. Treinta países avalaron el sí y otros más avalaron el no. Entonces la guerra quedó calificada como ilegal. Frente a este planteamiento positivista, sólo podemos plantearnos que si la legalidad la otorga el juego de mayorías habría que suprimir los derechos de veto de los actuales cinco países. Sólo entonces el Consejo de Seguridad de la ONU tendrá la legitimidad de un parlamento democrático, y los votos representarían la voluntad de la Comunidad Internacional. Pero mientras esto no ocurra, los acuerdos del Consejo de Seguridad, o se adoptan por unanimidad, o estarán siempre bajo la sospecha de la oportunidad o conveniencia.

Pero, es verdad, sean cuales fueran las críticas hacia el Consejo de Seguridad, hoy por hoy, sus resoluciones representa la legalidad internacional.

Esta y cualquier otra guerra para derrocar a un dictador, debió hacerse con el respaldo de la ONU a través de una Resolución del Consejo de Seguridad. El consenso no fue posible porque principalmente Francia se opuso a la intervención, proponiendo en su lugar que se siguiera con el sistema de inspecciones y control sobre el país. Esta posición negativa no ha merecido el reproche de la Comunidad Internacional, probablemente porque las decisiones de "no hacer" rara vez merecen críticas, normalmente solo analizamos. A pesar de ello, apostar por continuar con el bloqueo después de diez años y oponerse a la intervención, es una posición que merecía una explicación que todavía no se ha dado.

Sobre la cuestión de los argumentos para justificar la intervención, a mí me ha parecido una cuestión menor. No sé si aparecerán o nunca las hubo, pero la verdad es que Saddam utilizó armas de destrucción masiva. Si no las había ¿cómo entonces puede justificarse un bloqueo económico a un país durante diez años, propiciado por el mismo Consejo de Seguridad?.

La pregunta entonces es ¿qué hicieron los equipos inspectores de la ONU durante diez años?. Si nunca las hubo, el primer responsable de semejante pantomima, y sobre todo, del daño producido al pueblo de Irak, fue la propia ONU.

Con todo, el argumento de las armas de destrucción masiva fue innecesario. Hubiera sido suficiente apelar al sufrimiento del pueblo de Irak y a su incapacidad para que, por sí mismo, pudiera derrocar al dictador para justificar la intervención. Esta fue razón suficiente en los Balcanes, Sierra Leona, Haití o el Zaire.

Pero es verdad que permitir que Estados Unidos decida unilateralmente invadir un país, es aceptar el uso de la fuerza sin más control que el que los propios estadounidenses quieran aplicarse sobre sí mismos.

Es verdad, y así ha ocurrido desgraciadamente en el pasado. No puede aceptarse la decisión unilateral de invasión de un país sobre otro, pero eso es tanto de verdad para invadir como para no hacerlo, y aquí volvemos al argumento anterior, de carecer de un órgano internacional con estructuras democráticas que pueda adoptar este tipo de decisiones.

En este punto es donde nuevamente conviene recordar un último argumento, que casi con seguridad, no tuvieron en cuenta los políticos que declararon la guerra. Me refiero a la necesidad, cada vez mayor, de plantear las discusiones políticas en un ámbito universal. Este siglo XXI, nos anuncia que los debates nacionales se han quedado sin contenido, y desde esa perspectiva mundial, el primer ideal de la humanidad del nuevo siglo es derrotar a todos los dictadores de la tierra para después terminar con la pobreza, y sólo entonces aspirar a alcanzar la libertad de todos los seres humanos.

Es necesario hacer un gran esfuerzo de abstracción y retener en la memoria, por un momento, a los más de cuarenta o cincuenta dictadores que gobiernan en el mundo, y junto a sus caras añadir los casi cinco mil seres humanos que viven en la pobreza. Semejante panorama es muy difícil cambiarlo, yo incluso dudo si alguna vez lo conseguiremos hacer. Pero de lo que estoy convencido es que para tan ingente tarea no sirven ya políticas de no-ingerencia, ya que ello supone abandonar a su suerte y en la pobreza a miles de seres humanos; condenarlos a vivir a cada uno de ellos con su dictador. La no-ingerencia y la no-violencia son nobles principios de cada ser humano, pero con muy poca utilidad para los millones de desheredados de la tierra.

Puede que en los tiempos venideros, los dictadores que vulneren las normas internacionales tendrán que enfrentarse con el poder de los países occidentales. A mí me gustaría pensar que dentro de pocos años la existencia de cualquier dictadura será -por sí misma- una vulneración de la legalidad internacional.

El mundo árabe lleva muchos años sometido a mandatos de clérigos fanáticos, que ante la imposibilidad de proporcionar a sus pueblos un solo día de felicidad, los engañan permanentemente con la esperanza de otra vida que solo disfrutarán después de la muerte. Por eso, tengo la impresión que, por mal que les vaya a los irakíes, nada será comparable a la vida que les sometió Saddam con inspectores de la ONU incluidos.

No puede pasarse por alto hacer referencia al papel tan contradictorio que España ha ocupado en este conflicto. ¿Cuáles fueron las razones para apoyar la intervención y cuáles han sido para retirarlas tan apresuradamente?

La decisión del Gobierno de Aznar, probablemente fue tomada dentro de un proyecto global para situar a España dentro de los países más importantes del mundo. La prosperidad económica conseguida, la casi desaparición de la estructura de ETA, y la necesidad imperiosa de España de respaldar todas iniciativas contra el terrorismo; y la aspiración se alcanza, por una vez, una política internacional independiente de nuestros tradicionales protectores, Francia y Alemania, puede que fueran algunas de las razones de fondo para apoyar la intervención.

Ciertamente, una decisión que no merecía quedar oscurecida por el atentado salvaje de Madrid.

Las relaciones internacionales son siempre complejas, llenas de matices, pero que permiten que cada país pueda conocer cuál es la parcela de poder real, o simplemente de influencia que tiene sobre los demás países. No es un juego en el que sólo se participa en cenas, cócteles o intercambios de fuegos florales; es un choque de interés, algunas veces despiadadas, que produce en ocasiones prosperidad, y en otros años de sufrimiento. Valga este ejemplo: durante los gobiernos socialistas, precisamente los aciertos y los errores en las relaciones internacionales nos proporcionaron años de prosperidad y también años de sufrimiento. Una intensa actividad diplomática permitió que España pudiera incorporarse como miembro de los países de la Unión Europea, y con ello alcanzar una prosperidad económica que jamás habíamos soñado. Pero también un fracaso de las relaciones internacionales, en este caso con Francia, no consiguieron convencer a los gobiernos de Mitterrand para que interviniera contra la banda terrorista ETA, proporcionando y perpetuando un amparo en el país vecino, mientras mataban a más de mil inocentes en este lado. Este juego diabólico de la diplomacia, unas veces acertada y otras hierra, pero en ambos casos tiene una enorme trascendencia para la vida de todos nosotros.

La decisión de la retirada de las tropas de Irak, en si misma, no puede merecer mayor crítica, incluso puede merecer un sincero elogio si, como ha sucedido, el actual gobierno socialista se comprometió a hacerlo si ganaban las elecciones. Pero lo que es merecedor de crítica es haberlo hecho con la inoportunidad y teatralidad con la que se hizo. En esa representación sólo hubo intereses de partido por la proximidad de unas elecciones europeas. No se tuvo en cuenta que al hacerlo, varios ciudadanos occidentales estaban secuestrados, que los enfrentamientos armados se encontraban en su momento más intenso, y sobre todo, que de igual forma se podían haber retirado las tropas después del 30 de junio, cumpliendo con ello tanto el compromiso electoral como los compromisos asumidos como Estado.

Una vez más España ha hecho gala de más pasión que racionalidad en sus decisiones. Se apoyó la guerra sin consenso, y se abandonó el conflicto también sin consenso. En definitiva una gran falta de madurez de la sociedad española.